

FERMÍN A. RODRÍGUEZ

Un desierto para la nación

La escritura del vacío



ETERNA CADENCIA
EDITORA

FERMÍN A. RODRÍGUEZ

Un desierto para la nación

A principios del siglo XIX, con el fin del orden colonial y la necesidad de expansión que impone el avance del incipiente capitalismo, el territorio de lo que pronto se convertiría en la Argentina es percibido como un desierto, “un bien territorial y textual –señala el autor de estas páginas– que el estado y la literatura argentina no han dejado de repartirse”.

Con un enfoque deleuziano, Fermín A. Rodríguez construye una obra “esencial para comprender la geografía imaginaria del interminable y múltiple desierto argentino” (Ricardo Piglia). Un recorrido cabal por la literatura del desierto (desde Humboldt, Hudson y Darwin, pasando por José Hernández, Lucio V. Mansilla, Sarmiento y Rosas, hasta Saer, Aira y Gamberro); por esos textos que proporcionaron las maneras de ver y pensar un espacio que se leía como vacante frente a la ausencia de un estado-nación que lo regulara, pero que no estaba justamente vacío.

Un desierto para la nación es, como afirma su prólogo, “menos una historia que una cartografía de algo que podría haber sido y no fue: uno o varios países coexistiendo en un espacio abierto y sin medida”.

FERMÍN A. RODRÍGUEZ

Un desierto para la nación

La escritura del vacío



ETERNA CADÊNCIA
EDITOR A

ÍNDICE

Prólogo a esta edición

I. INTRODUCCIÓN AL ESPACIO

Contar de cero

1. Humboldt y la ciencia romántica

Ilustraciones

Lentes

La reinención de América

Contar el mundo

La ciencia como arte

Planos desiertos

Desvíos I. El geógrafo artista: *Un episodio en la vida del pintor viajero*, de César Aira (2000)

Desvíos II. Un desierto que enloquece: *Las nubes*, de Juan José Saer (1997)

2. Darwin y la nueva prosa del mundo

La pampa de los ingleses

Afectos

Lo sublime y más allá

Historia natural, naturaleza histórica

La nueva prosa del mundo

Grandes planes

Desvíos III. Una novela darwinista: *La liebre*, de César Aira (1991)

Topografía, tropología

Volverse indio

3. Tiempo perdido: William H. Hudson

- Saber perder
- Días de ocio en la Banda Oriental
- Migraciones
- Argumentum Ornithologicum*
- Ver y perder
- Hudson, el memorioso
- Redes
- La máquina estética
- Ganado perdido: un naturalista en el matadero
- Desvíos IV. El degollador de mariposas
- 4. El naturalista nacional
 - Patria y ciencia: la naturaleza de la patria
 - El naturalista argentino y la tradición
 - Desvíos V. Bruce Chatwin, coleccionista
- 5. El viaje económico
 - No vengan
 - Repetido
 - Desvíos VI. La Australia argentina: *Los hijos del capitán Grant*, de Jules Verne (1867-1868)
 - La poesía del capitalismo
 - Economía narrativa
 - Atrasos
 - Consumo
 - Medir la barbarie
 - Desvíos VII. Gasto improductivo: *Ema, la cautiva*, de César Aira (1981)
 - Una revolución
 - Contando hectáreas
 - Desvíos VIII. Ráfagas de vida
 - La conspiración de la materia: *La ocasión*, de Juan José Saer (1988)
- INTERLUDIO
 - Reserva
 - La pampa se mueve
 - Funes, el rastreador
- II. UN DESIERTO PARA LA NACIÓN: POBLAR

País, paisaje: una realidad lisa y llana

1. Paisaje y política: Esteban Echeverría

Mapas

Riqueza latente

Ver... no ver

Límites

La mirada del paisaje

Malón

Blanqueo

La vida de la muerte

2. Excesos de vida: Rosas, Sarmiento

2.1. El Héroe del Desierto: Juan Manuel de Rosas

Poder sin límites

El desierto de las Luces

Allanamiento

Militarización de la pampa

Sin novedad

Seguridad

Dictadura

2.2. Un nuevo mundo en política: Sarmiento

La carreta de la imprenta

Ocupación

Exceso de vida

El llamado del desierto

Hacerse el gaucho

La dictadura de movimiento

Vencer, avanzar

Desvíos I. El geógrafo de la Confederación

La pampa gringa

Sueños de la llanura

Desvíos II. ¿Quién llegará primero? (1889)

Desvíos III. La frontera Oeste (1893)

3. Vida precaria: frontera

3.1. Gauchos: *Martín Fierro*, de José Hernández

Una literatura para el desierto

Entre la escritura y la voz

Vida animal

Omisión

“Cencias” naturales

3.2. Indios

Cartografía nómada

Poder perder

Desvíos IV. La dinastía de la liebre: *La liebre*, de César

Aira

Igualdad guerrera

Retirada

3.3. Ejércitos

Prisiones al aire libre

Los señores de la frontera

Desvíos V. Mal viaje: *Los sueños del Señor Juez*, de Carlos Gamerro (2000)

Ejecuciones: Lucio V. Mansilla

Desvíos VI. Caballos expiatorios: *Nadie nada nunca*, de Juan José Saer (1980)

La frontera avanza

Topografía y ficción: *Una excursión a los indios ranqueles*

Una novela de espionaje

Pulsión oral

Calaveradas

Desvíos VII. Escalas narrativas: *El vestido rosa*, de César Aira (1984)

4. Campañas

4.1. La guerra defensiva: Adolfo Alsina y Alfred Ébélot

Olor a espacio

Los gringos adivinos

Agrimensores y urbanistas

Un bello tropiezo

4.2. La solución final

Lo inmensurable

Nomadología del Estado

Desvíos VIII. Un paseo militar: Sarmiento y la campaña
del desierto

Sus órdenes son mis deseos

Estado y novela

Remington al pecho

Naturaleza muerta

El fin del desierto

4.3. Epílogo

Soñadores

Agradecimientos

Notas

Sobre el autor

Página de legales

Créditos

Otros títulos de esta colección

A Omar y Caíta, el paisaje de mi infancia.

PRÓLOGO

Se trate de proyectar un país, poblar, fundar una tradición, trazar límites, hacer fortuna, ir a la guerra, huir de la justicia, soñar con otra vida o imaginar ficciones, salir al desierto ha sido un paso que viajeros argentinos y extranjeros, hombres de negocios, de estado, de armas, de letras, de trabajo o de ciencia no han dejado de dar. Un extenso relato territorial disperso en libros de viaje, ficciones naturalistas, partes militares, informes topográficos, crónicas periodísticas, tratados diplomáticos, leyes territoriales, historias de vida, comentarios de costumbres, tasaciones, escrituras, cotizaciones, estadísticas, archivos judiciales, ensayos de interpretación nacional, poemas, leyendas y novelas, creció y pobló de inscripciones múltiples los huecos de una geografía vacante abierta a la imaginación. Si pudiera cartografiarse, en sus cruces y desvíos, la fuerte trama de huellas que fueron escribiéndose no solo en los libros sino directamente sobre lo real bajo la forma de rumbos, movimientos de cuerpos y de masas, relevamientos topográficos, agrimensuras, tasaciones, asentamientos, métodos de observación, técnicas de registro, fundaciones y trazado de fronteras, algo más amplio, más heterogéneo, más fluido que una obra o que un género podría aparecer: el desierto como una suerte de artefacto discursivo que provee las imágenes en torno a las cuales se hace, se deshace y se rehace el sentido vacío de lo argentino.

Depósito sedimentario de materiales geológicos, biológicos, sociales y lingüísticos cristalizados y organizados por la historia, el desierto ha sido una especie de laboratorio onírico de imágenes virtuales que no ha dejado de producir todo tipo de enunciados. ¿De dónde viene esta potencia virtual, esta agitación imaginaria que contrasta con la desnudez, la monotonía, la sobriedad de una tierra que se resiste a su traducción como paisaje? Charles Darwin, entre otros, no termina de entender por qué después de haber dado la vuelta al mundo, las desoladas llanuras del sur del continente ocupan tanto espacio en su memoria. “Difícilmente puedo analizar estos sentimientos –anota al final de su *Diario* el joven naturalista del HMS Beagle, en viaje de medición alrededor del mundo–, pero en parte dimanar del libre campo dado a la imaginación”.^[1] Tal vez ese despojamiento, esa “ausencia de paisaje” que ponía a prueba la imaginación, sea la condición o el soporte para que una proliferación de imágenes ondulara sobre el horizonte. Comentarios como el de Darwin hicieron crecer el desierto y enseñaron a desear un espacio investido por líneas de todo tipo con el poder de arrastrar la imaginación hacia un afuera sin cierre ni medida. Porque no hay espacios vacíos: fue la continua superación de la frontera lo que convirtió un espacio en vacío, abierto a la conquista y a la representación por ficciones territoriales que, saltando por encima del límite entre las palabras y las cosas, hicieron lo que sus enunciados decían.

Sarmiento describió en *Facundo* un desierto que no conocía más que por libros de viajeros, novelas de Cooper y relatos de arrieros, como un mundo informe de fuerzas múltiples que se consumen en el terror y la violencia de la guerra civil. El desierto era un territorio disgregado pero no solitario, una soledad paradójicamente poblada de tribus vagabundas y bandas de jinetes nómadas lanzados a la carrera por un espacio sometido al terror del caudillo. Ni crónica ni descripción, *Facundo* representa una táctica discursiva

que sirve para entrar y orientarse en el territorio del enemigo. “Desierto” es entonces el nombre para una ausencia de política, una operación discursiva con el poder de atrapar la imaginación al evocar, en negativo, la plenitud ausente de un estado-nación por venir: donde había virtualmente un desierto –multiplicidades salvajes sin orden ni medida, mundos posibles, pueblos futuros– el estado-nación debía advenir, como si se tratase, literalmente, de un llamado o de la ejecución de una orden.

Los proyectos de lo que Tulio Halperín Donghi llamó una nación para el desierto argentino hubieran sido imposibles si previamente la imaginación pública no hubiera hecho el acopio de un desierto para la nación: un bien territorial y textual que el estado y la literatura argentina no han dejado de repartirse desde su fundación, según violentos procesos de actualización. ¿Qué sutilezas, qué mecanismos, qué resabios teológico-geográficos fetichizan un paisaje que, más que en la percepción “errónea” de letrados y agentes imperiales del siglo XIX, aparece como un desierto en los pliegues de la propia realidad social? Es curioso, pero el hecho de que bandas de jinetes nómadas, indios, gauchos solitarios, partidas de soldados, desertores, arrieros, caravanas de carretas, viajeros criollos y europeos, pulperos, estancieros y peones poblaran la llanura con sus idas y vueltas, no fue suficiente para romper el desierto teórico formado en el cruce de discursos científicos, políticos y económicos. Lejos de quedar comprometido, el desierto fue estetizado y puesto a punto por las prácticas de vacío de una economía de mercado que vive de realizar sus excedentes y que, con eje en las grandes ciudades, propagó la escasez y la carencia por una llanura no estatizada hasta 1880, con la “solución final” de Julio A. Roca. Virgen por definición, porque la experiencia no empañaba la virtualidad del concepto, el paisaje se describe negativamente por un catálogo de privaciones donde la geografía se va volviendo una sola cosa con lo imaginario: sin árboles, sin

cultivos, sin montañas, sin límites naturales, sin habitantes permanentes, sin viviendas, sin espíritu de progreso, sin vías de comunicación, sin instituciones, sin sentido de la autoridad, sin tradiciones, sin historia.

A principios del siglo XIX –punto de partida de este relato–, el orden colonial se está derrumbando, barrido por nuevos flujos de hombres, materias y enunciados que, liberados de su anclaje a los antiguos códigos territoriales del Virreinato, se derraman por un espacio excesivo. Había que hacer espacio y dejar circular flujos de saber, de ideas, de intercambios comerciales, de materias primas y manufacturas, de hombres de campo y jinetes seminómadas no sometidos a un poder central ni codificados todavía por un mercado de trabajo. El desierto multiplica los espejismos, que crecen sobre un territorio que se expande y desafía los límites de la imaginación: tierras sometándose dócilmente a la producción, nuevas poblaciones rompiendo la soledad, distancias dominadas por la navegación de ríos y más tarde por el tren, habitantes disciplinados por el trabajo y el consumo, campos sin dueño donde comenzar de cero. Contemporáneo de Balzac, el desierto se desplegó a la manera de un *milieu*, una territorialidad artificial y vacía que se articula y rearticula incesantemente, donde la naturaleza en el sentido de los elementos físicos está imbricada con la naturaleza de una población deambulatoria que había que disciplinar espacialmente.

La literatura del desierto alimentó y fue alimentada por ese potencial soñado que ondulaba sobre el desierto. Más que describir o narrar, más que crónicas o descripciones, los libros del desierto formaron parte del paisaje y de su historia, trazando las coordenadas sensoriales y conceptuales que había que atravesar para ver y hablar de una tierra chata y sin pliegues. Allí sobreviven, sedimentadas, las imágenes que, a la manera de un señuelo, atraían una imaginación sin límites. Abundan en ellas territorios bien delimitados, descripciones y clasificaciones minuciosas, paisajes en-

cuadrados por el marco de conceptos científicos, económicos, políticos, estéticos. Pero otra cartografía latente hecha de movimientos turbulentos y migraciones de líneas trabaja las representaciones, abriendo en el discurso espacializaciones nebulosas y distribuciones nómadas que rechazan cualquier codificación o taxonomía. Malones, montoneras, deserciones, exilios entre los indios, violencia política, catástrofes naturales, estampidas de animales salvajes, robo de ganado, tráfico de armas y de ganado, son fuerzas turbulentas que vienen del desierto a erosionar las representaciones y a esquivar los saberes. Y en un mundo desterritorializado donde el cuerpo vacío del capital corre ávidamente detrás de los flujos, todo aquello que no se deja inscribir en nuevos circuitos de producción o de consumo debe ser exterminado, porque un flujo que no se deja domesticar o alcanzar pone en peligro el precario equilibrio de la sociedad.

Analizar la literatura en términos de espacio supone entonces captar dos movimientos a la vez: por un lado, el trazado y la actualización de límites y clasificaciones, la recodificación de la tierra como propiedad privada, el registro y control de movimiento de cuerpos por el espacio, el esfuerzo político por capturar los flujos no ligados a la tierra, la creación de territorialidades artificiales para ligar los hombres a un medio. Por otro lado, el poder de movimientos de los nómades, la huida hacia el desierto de formas fluidas, la velocidad y la imperfección de líneas inacabadas y en fuga, líneas virtuales de liberación y de terror, de vida y de muerte. Los libros sobre el desierto están hechos de cruces, de materias más o menos formadas, de sedimentaciones significativas y zonas de erosión, de enunciados anónimos, de condensaciones de la experiencia, de diferencias de velocidad que alejan o acercan enunciados sobre un plano de transformaciones. Textos alejados en el tiempo se llaman a distancia, según conexiones imprevistas. Los cuadros de Humboldt se prolongan en un libro de ficción don-

de un pintor naturalista viaja en busca de un malón; el viaje científico de Darwin se cruza con la campaña al desierto de Juan Manuel de Rosas; el tigre que enfrenta Facundo reaparece en las notas sobre la fauna de la llanura de Hudson; el viaje de un agente comercial inglés a Buenos Aires se cruza con el viaje del joven Echeverría a Europa; la crónica literaria de la expedición de Mansilla a los ranqueles se desdobra en un informe militar. La técnica del anacronismo deliberado y de las atribuciones erróneas recomendada por Borges servirá para producir zonas de indeterminación donde lo virtual y lo actual, la historia y la ficción intercambian materiales. Todos los libros son uno solo y forman un plano continuo de historias divergentes. Cualquier parte reenvía a un todo que cambia de forma, según una cartografía fluida que se resiste a su ordenamiento lineal.

Cargada de instrumentos de poder, procedimientos de investigación, métodos de observación, técnicas de registro y de acumulación de saber, la literatura ha salido al desierto a explorar, a medir, a describir, a nombrar, a cartografiar el territorio enemigo, a fijar tradiciones, a ordenar la nación y convertir lo argentino en una evidencia visual. Pero la literatura también viene del desierto para rechazar los límites, aliada de sus flujos, de sus intensidades virtuales, de sus fuerzas desligadas que invaden la representación y desorganizan las jerarquías, los contornos, los límites de los mapas estatales. Por su poder de decirlo todo, de conectar eslabones semióticos, científicos, estéticos, circunstancias políticas y luchas sociales; por su capacidad de conectar un punto del pasado con el presente y multiplicar dimensiones de la realidad, la literatura sirve para moverse de una punta a otra del desierto, para orientarse y perderse, para entrar y salir de él por cualquier lado.

Un desierto para la nación es menos una historia que una cartografía de algo que podría haber sido y no fue: uno o varios países coexistiendo en un espacio abierto y sin medida; un mundo repleto de vidas que no se identifican con